

La voz de la sirena.

Cuando llegaba de la escuela mi mente bullía entre los números incomprensibles, los animales de la lejana África que estaban en las cubiertas de las libretas de rayas y las letras que empezaban a ser los mágicos dibujos que me arrastrarían años más tarde al mundo de la lectura. Aún sólo sabía escuchar y, cansado del mundo de la lógica en el que empezaba a transitar, necesitaba las voces que llenaban de magia mis oídos.

Solía entrar en la casa corriendo, la penumbra me recibía como una manta acogedora y era entonces cuando surgían los caballeros mágicos, las serpientes encantadas, las ballenas con hombres que viajaban en sus barrigas gordas, las princesas prisioneras en castillos encantados, los caballeros con botas de siete leguas, las cabritillas escondidas en el reloj de la pared o los sastrecillos valientes que mataban siete moscas de un solo golpe.

Era la voz que me narraba como la voz de la sirena que encantaba a Ulises. Todo desaparecía a mi alrededor para convertirme, por arte de birlibirloque, en palabra. Somos eso, palabra.

Los seres humanos no podemos explicarnos el mundo sin la palabra. Ella nos sorprende, con ella evocamos, comprendemos lo que somos o sentimos; con ella y con los cuentos que construimos somos capaces de adentrarnos en los seres que amamos. Así nos comprendemos, nos hablamos, nos vemos por dentro. Somos narración.

Por esta razón debemos crecer rodeados de cuentos, encantados por la voz de la sirena. El hecho de narrar tiene que ver con el amor, pero entendido como amor desmesurado al arte, a la palabra poética. A través de la narración hacemos posibles los sueños, convertimos en cotidiano lo irreal. En el mundo de las palabras paseamos de la mano de Caperucita para llevarle la comida a Blancanieves, pues está cansada de tanto trabajar en la cabaña de los enanitos; o ayudamos a Cenicienta a barrer la casa, nos ponemos las botas de siete leguas para ir a visitar a un amigo, nos perdemos en el centro oscuro de la tierra, o comemos mágicos frutos con Pulgarcito... En los cuentos vivimos las vidas que no podemos en la realidad. Son algo más serio que un pasatiempo, son un acercamiento al mundo, al pensamiento, a la sociedad... A través del imaginario creado por los cuentos, podemos comprendernos y conocer el mundo. Son, en gran medida, el viaje iniciático que todos debemos hacer para transitar por el mundo adulto.

La voz de la sirena nos calma, duerme nuestros miedos, es la que adormece la ansiedad, el desasosiego. La que relata nos acaricia. Es la voz de la sirena que nos visita en las horas mansas del atardecer, en las penumbras quejumbrosas de los zaguanes, entre las sábanas cálidas cada noche.

A través de la voz que narra nos adentramos en los pensamientos secretos de los que escuchan. Nos comprendemos y nos encontramos en lugares imaginados. Pues la palabra literaria es eso; sólo eso, un lugar de encuentro con los sueños.

Y los seres humanos necesitamos soñar.